

# EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Julio 28 de 1860.

Núm. 2.

## EL MOSAICO.

SANTIAGO, JULIO 28 DE 1860.

### Destino de nuestra poesía.

Es indudable que los primeros acentos de la humanidad han sido los del dolor i la pena: la amargura es el primer licor que bebe el hombre apenas aparece en este mundo, que, solo por ironía, ha podido llamarse *banquete de la vida*. El vestibulo de la existencia no ha sido, pues, ni podido ser, atendida la organizacion moral i física del hombre, mas que el crepúsculo de un dia de tormento, que la entrada al mundo del desengaño, a que parece haber sido condenada la especie humana en un momento de cólera del Altísimo.

Esta misma sentencia fatal, que pesa sobre el hombre considerado aisladamente, ha sido la que lleva impresa sobre su frente la sociedad humana; la cual, como marca impuesta por una mano eterna, no ha podido ni podrá, sean cuales fueren las fases de civilizacion i ventura que alcance, desaparecer de su rostro por mas que se diga i se titule neciamente: rei de todo lo creado.

Esta misma facultad de sentir el dolor desarrollada en él no bien abre sus ojos a la luz, parece ser, por un contraste maravilloso, el orijen de aquella facultad, poder, o como quiera llamarse, que asimismo ha recibido del cielo para trasladar, si es posible esplicarse así, en notas musicales los quejidos internos de su alma, la inspiracion, en una palabra, que desprendida como una chispa eléctrica de su cerebro ha pasado a incendiar su inteligencia.

Si rastreamos en el orijen de las sociedades humanas, vemos que los primeros triunfos, gozces, dolores, esperanzas, que ha podido conseguir el hombre constituyendo ya una familia, ya una tribu o una nacion, han tenido por lengua o por intérprete inmortal esa armonía con que, sin duda, ha querido la Providencia endulzar los sufrimientos del ser humano o paliar el mismo rigor que con él ha observado.

La poesía, pues, ha sido el lenguaje comun que ha tenido para pintar sus pasiones; para trasmitirlas, para inocularlas en sus se-

mejantes, para ennoblecerlas, i hasta para poder hacer mas duraderos, de lo que es su frágil existencia, los momentos de ternura i embriaguez que han venido a aletargarlo, i que no quisiera dejar sepultados en el olvido por aquel instinto de inmortalidad que lleva apegado a su corazon, no obstante la volubilidad i miseria que lo constituyen.

La lei de *sociabilidad*, sobre todo, que lo empuja irresistiblemente a cambiar con los individuos de su especie, no solo sus ideas, su pensamiento sino sus servicios i pasiones etc. para comun satisfaccion de sus necesidades puede concebirse sin esta misma facultad de sentir, sin este mismo poder que lleva hasta hacer cadenciosos i cantables los punzantes quejidos del tormento, los fogosos arranques del alma, i hasta aquellas agonias, que, no sueltas al aire por el lirismo innato del hombre, harian trizas las paredes de su pecho?

Considerada bajo el aspecto múltiple en que debe apreciarse por el filósofo, la poesía no puede ménos que aparecer a nuestros ojos como el conjunto de las facultades que llamamos morales, i sin las cuales el alma humana no puede absolutamente concebirse.

Efectivamente, las facultades de la inteligencia, aquellas que los ideólogos han atribuido en el ser pensante, dejarían de ser lo que son para los hombres que pueden darse cuenta de sus modificaciones, sino tuvieran como equilibrio el poder de la sensibilidad en todas las faces que pueden ofrecer las variadas evoluciones de lo que en el mundo se llama, i talvez con fundamento, corazon; i al que se considera como el foco de todos los arranques jenerosos del hombre. El sentimiento, hemos dicho, i el sentimiento, lo repetimos, que es lo que puede probar mas que nada la mision que está llamado a llenar en la tierra, no es para nosotros otra cosa que la *poesía*, que aquel don del cielo que nos permite dar alas al deseo, ensanche a la esperanza, voz al dolor, armonía, en fin, a aquel conjunto de ilusiones i sinsabores que se disputan a todas horas i en todas épocas la vida transitoria de los mortales.

Apreciándola bajo este carácter, las sociedades apenas han podido darse cuenta de su sociabilidad, del ejercicio de sus mútuas obligaciones i derechos, es preciso que hayan te-

nido un idioma comun con que celebrar a los que juzgaban dignos de su amor i admiracion, como asimismo con que pintar los transportes de su fantasía i la rápida evaporacion de su quimeras.

De aquí viene que esa poesía de los primeros tiempos de la vida de los pueblos, sencilla, crédula como ellos, inocente como sus goces, no puede ménos que ser, como lo es en efecto, el reflejo de su civilizacion, i tanto mas exacto cuanto puede verse en cada uno de esos acentos un sentimiento, una esperanza, una ilusion o, mejor, el modo de ser que asumian, el aspecto bajo que se presentaban en la infancia de su historia.

¿No tiene cada pueblo, por miserable que sea, su poesía propia? ¿No tiene el salvaje del Orinoco sus cantares para espresar ora su amor i sus trasportes, ora los huracanes de su indómita cuanto selvática organizacion? ¿Nuestros Araucanos no conservan todavia las modulaciones que sirvieron para escitar hace tres siglos el patriotismo no vencido de aquellos pacíficos habitantes contra la rapacidad de los conquistadores? ¿ese canto, esos aires guerreros, esa armonía, ora aguzada i traspasadora como sus lanzas, ya pesada como sus mazas ¿qué significan, qué carácter tienen, bajo qué punto de vista deben considerarse? ¿No es el sentimiento, preguntamos, no es esa facultad que ya hemos nombrado, ese poder de *armonía* que vive en el hombre, ni mas ni ménos que en la flor de los campos i en el astro que miramos resplandecer en los cielos? En este concepto, la *poesía* ha debido seguir el desenvolvimiento de la intelijencia, la cultura i suavidad de las costumbres, la delicadeza de los usos, i asi ha sucedido i no podido ménos de ser asi.

Si tomamos por ejemplo a las naciones Europeas para confrontar con sus hechos históricos nuestro pensamiento, ¿cómo se esplica la Iliada? ¿qué papel hace Homero? De seguro que el filólogo, el historiador i el filósofo, estarán acordes en tomar aquella magnífica epopeya como la verdadera historia de la Grecia, como el monumento mas seguro para poder apreciar la infancia de aquel pueblo, el valor de sus héroes, las creencias jenerales, i hasta para poder llegar, de deducion en deducion, al análisis de los elementos que forman la organizacion de las naciones.

Si Homero ha sido realmente un hombre, si ha sido un magnífico poeta, un sublime cantor, o si la Grecia fué solo la que transmitió, bajo el nombre de Iliada, los hechos mas gloriosos de su historia, todas estas dudas o aseveraciones en nada contradicen nuestro pensamiento; pues fuera él solo el éco del comun sentir de su patria, o ésta la que cantó sus triunfos con este nombre, siempre se ve que el sentimiento, bien sea en el individuo

mirado aisladamente, bien de una manera colectiva, es inseparable de lo que llamamos *poesía*, o mejor, que es ella misma, solo ataviada por los primores del arte.

Si echamos una mirada al pueblo Romano, es decir, al mundo antiguo en tiempo de su mayor grandeza i civilizacion, las mismas reflexiones que hemos hecho hasta aqui se nos presentan, i si es posible, toman una forma consistente i precisa. Ciertamente el imperio Romano, majestuoso hasta en su corrupcion, grande e imponente aun en medio de sus viciadas instituciones i bárbaras costumbres, no ha podido tener mejor tela en que retratar todas las variadas mudanzas de su organizacion social i política que los cantos de sus poetas, que aquellos acentos inmortales que retratan todavia tan al vivo, apesar del trascurso de dos mil años, no solo el modo de ser de aquel coloso, sino hasta el mas insignificante de sus usos i la mas imperceptible de sus preocupaciones.

Elegante i pomposo bajo Augusto, Virjilio i Ovidio son el fiel trasunto de aquel reinado: dulzura, amor, filosofía, adulacion, intriga, todo puede verse en estos vates sublimes. El uno, ennobleciendo los arranques de la materia, haciendo de Dido, viva representacion de las pasiones mujeriles, la personificacion de los elevados pensamientos i heróicos sacrificios que nos complacemos en figurarnos en la mitad mas bella del linaje humano; i el otro, endulzando la tímida rastrería que deslustraba o apagaba, mas bien, los sonoros acordes de su lira, son ciertamente los mejores historiadores, a opinion de los hombres de sentimiento, que ha podido tener aquella época, la mas esplendente i soberbia del paganismo. — Corrompido el imperio por Neron, abastardeadas las bellas e inmortales instituciones de la república, envilecido el corazon romano hasta el punto de ser sordo a la gloria i al amor, estragadas las costumbres que, aunque muelles en tiempo de sus antecesores, eran indudablemente elegantes, Petronio i Meurcio pueden servir, a no dudarlo, para comprender hasta que grado puede llegar en el vicio la locura humana, hasta que escalon descender la intelijencia del hombre i hasta en que abismo puede sepultarse la gloria de los pueblos.

La edad media, crédula, superticiosa, sombría, ignorante, mecido el hombre, duerme toda esa noche de mil años, ora por los sueños hijos de la superticion, ora amedrentado por los fastasmas de la tiranía, los cantos de sus trovadores son la fotografia mas elocuente de lo que pudo ser el espíritu, abrumado por el peso del error i del fanatismo, i de lo que es capaz el corazon cuando sufre a cada paso el guantelete de hierro i la mordaza de los tiranos.

El amor i la gloria que, por una anomalía de la organizacion de los pueblos, en aquella

época enaltecian el corazón de sus infelices habitantes; el amor i la gloria, repetimos, que es lo único que puede hacer distinguir la historia de aquellos desgraciados tiempos de la que pudieran tener los lobos i los osos, fueron necesariamente, como que eran los sentimientos únicos que sentia i podia sentir ya el orgulloso varon feudal, ya el pobre siervo para embotar el dolor de la cadena de hierro que lo ataba, el alma de aquellos romances que gustamos hoy todavía, en medio de la suavidad de nuestros usos, repasar al amor de la lumbre para soñar un momento con aquellas *castellanas*, con aquellas almenas, con aquellos alcázares en que se encastillaba la tiranía, i donde iban a morir los acordes del esclavo o las orgullosas modulaciones del magnate.

Dejando a la poesía de los tiempos medios dormir en el negro ataúd en que se envuelve, i llenando el corazón de mas aliento, volvamos los ojos a la historia moderna: a la Francia de Luis XIV que como se sabe, ha sido el modelo que tomó la Europa para amoldar sus gustos i hacer que la inteligencia en todos los vastos departamentos del saber tuviese una cumplida pauta.

Reino lleno de gloria, de majestad, de pompa, de fausto: reinado en que las artes rivalizaron con las ciencias, sino en buscar comodidades i bienestar para el pueblo en embellecer el teatro en que debía ostentarse aquel grande actor, que la engañaba con sus jestos de teatro, que la tiranizaba con sus mismos vicios, que la aletargaba con sus propias pesadumbres i la divertia con el mismo fúnebre crepúsculo de sus desdichas futuras, era preciso que tuviese por interpretes a Racine, Molière, jénios sublimes, pero en quienes se notan los mismos vicios que motejamos en el pueblo de entónces. — Vates cortesanos como pudiera serlo una coqueta de aquellos dias, su poesía majestuosa, grande i elevada a veces, dejenera otras, por falta de la enerjía e independencia del corazón, en solo versificación artística, que lejos de arrancar una sola lágrima solo sirve para hacernos sonreír tristemente, pensando en lo que puede la servidumbre hasta en los ingenios mas esclarecidos. — Racine diciendo de Luis XIV *Le monde en le voyant eut reconnu son maître*, llamando señor del Universo al que cerraba el parlamento a guascazos: al que, tal vez, tenia encerrado en un impenetrable i eterno calabozo a su propio hermano: al que hacia alarde de la corrupcion, empozoñando el hogar del hombre honrado, corrompiendo el corazón de las mismas mujeres que se guarecian en su propio palacio: que dilapidaba, en fin, doscientos millones de pesos para la construcción de Versalles, templo de sus orjías, mientras el pueblo de Paris no tenia pan, no puede ménos, que empalagar i hacer mirar a veces su poesía nada

mas que como el aliento pestífero con que la lisonja ha insultado casi siempre a los reyes, pretendiendo inciensarlos tan torpemente. — El mismo Boileau, en medio de la aparente independencia que parece animarle por el carácter satírico de su musa ¿es otra cosa que un cortesano, que un poeta de talon rojo, es decir, que uno de los muchos aúlicos que rodeaban a aquel rei que, sin mérito ninguno a los ojos de la filosofía, ha legado su nombre a su siglo?

El carácter de la poesía Francesa en todo este tiempo, es uniforme, brillante a veces como las victorias de la Francia, triste i cómica como sus derrotas, licenciosa como el impudor de sus costumbres, falsa como el oropel de sus glorias.

Si la poesía no es el sentimiento, como lo hemos sostenido ¿porqué el pueblo de Paris, esceptuando a Lafontaine, no tuvo entónces poesía filosófica, independiente, jenerosa, poesía en que pudiese mirarse hasta al latido del corazón del populacho, poesía, en fin, del alma que hace conmover apesar de las imperfecciones del manto artístico en que se envuelve, que arranca ese torrente de lágrimas, que en las almas sensibles produce la voz del poeta por distante que se halle, i por poco o nada que con él simpatizemos? Las tragedias de Racine son un modelo de poesía artística, trozos soberbios de elegancia: pompa, majestad, brillo, elocuencia, todo esto, i mas todavía se encuentra en ellas; pero en todos esos Romanos Afrancesados i esas heroínas cortadas mitad por el patron de Horacio, mitad por el que ofrecia la culta i tirante etiqueta que daba la lei hasta al vate, ¿hai algun carácter que parezca tan patético, tierno, arrebatador como lo son mas de un héroe de las piezas de los dramáticos de este siglo? Si examinamos la poesía lírica ¿dónde está el Lamartine que cantó los amores de la Lavalliere, o embelleció a la hipócrita i perseguidora cortesana de la Maintemon? ¿Dónde está, pues, el poeta del amor, de la inocencia, del ardor guerrero, de la libertad, de los derechos del hombre? Hasta la canción, que recorre todos los extremos de la Francia como la voz apagada de un telégrafo eléctrico, no tuvo bajo el reinado de que nos ocupamos mas representante que el abate Chanlieu, autor tan inmoral i desacreditado, que hasta sus contemporáneos no pudieron soportarlo, e hicieron de modo de hacerlo desertar del lugar en que se habia encaramado como cantor del escándalo i de la orjía. — El Beranger de nuestros dias habria podido hacer *su Dios de las buenas jentes*, esa multitud, en fin, de canciones sublimes, encantadoras, en que la filosofía se vuelve una cartilla para el pueblo, i en que todos los sentimientos jenerosos tienen un acento inimitable? La tragedia, la poesía lírica,

la sátira; i hasta la comedia misma, cuyo dominio se estiende a los vicios de la sociedad, a la pintura de los caracteres del hombre a quien no tememos, i con quien nos horeamos, como se dice, no fueron, durante todo el reino ya nombrado, sino lo que fué la Francia, como lo hemos repetido espresamente, con el fin de probar, que así como la poesía ha simbolizado siempre el espíritu de las sociedades, debe tambien nutrirse de un alimento que la permita ser en adelante el verdadero representante del corazon de las multitudes.

Bajo el reinado de Luis XV, época que se ha llamado *de la filosofía*, con la misma impropiedad que se llamó el de Luis Felipe el *reino del Napoleon de la paz*, la poesía, como lo sabe todo el mundo, no fué sino la copia descolorida del tiempo anterior; es decir una poesía sin alma, sin sentimiento, todavía mas seca i árida que la ya nombrada, nutrida solo de los preceptos escandalosos de una filosofía corruptora; la que no permite elevar la mente a mas altas concepciones que a la mordacidad cínica e impertinente, o a la vil adulación empapada en todas las monstruosas aberraciones de unas doctrinas, que ennegrecen i abaten, en vez de ennoblecer i levantar, como debe hacerlo la poesía, la mente i el corazon del hombre en todas las clases en que se les contemple.

M. BLANCO CUARTIN.

(Continuará.)

## La Campana de las Capuchinas.

TRADICION.

I.

Era en el pasado siglo  
I por el año sesenta,  
Cuando vivia en Santiago  
Segun crónica de esa época,  
Un poderoso marqués  
De allá de española tierra.  
Padre era de tres hermosas  
I asaz cumplidas doncellas,  
Desde cuyos lindos ojos  
Amor lanzaba sus flechas.  
Tres diosas eran mas bien  
Cuya celestial presencia,  
Seductora cautivara  
Al alma mas fria i terca.  
No se pasaba una noche  
Sin que cántigas se oyeran  
Del palacio del marqués  
Al pié de las toscas rejas.  
I es de advertir que los mozos  
Que allí cada noche velan,  
Son todos de sangre ilustre,  
De títulos i riquezas.  
Que ellas eran harto nobles  
I orgullosas como bellas,  
I no habrian atendido  
A suspiros ni finezas,  
De hombres que en alcurnia i rango  
Con ellas no compitieran.  
Al fin casáronse dos,  
Aunque con gran resistencia

Del marqués, pues el gozaba  
De la dicha mas completa,  
Cuando con todas salia  
Al paseo o a la iglesia.  
De las hechiceras sílfides  
La mayor quedó soltera;  
No porque a esta le faltara  
Quien le cantase a las rejas,  
Sino que quiso quedarse  
Siempre en la casa paterna,  
A su padre acompañando  
Que amábala con vehemencia.  
Pensó la inocente jóven  
Que nunca el amor la hiera  
De aquel modo irresistible,  
Poderoso, al que no hai fuerza,  
Que un instante le combata  
Ni le oponga resistencia.  
Pero así la hirió el amor,  
I en élla impetuoso impera,  
Cuando trascurrido habian  
Seis meses o siete apenas,  
Del dia en que sus hermanas  
Matrimonio contrajeran.  
El padre que en élla vía  
Su ventura acá en la tierra  
I que era el único apoyo  
De su achocosa existencia,  
De la jóven, al amor  
Se oponia como quiera.  
—Hija adorada, el marqués  
Decia a la pobre Adela,  
¿No te bastan mi cariño,  
Mi regalo i mi ternera?  
¿Por qué abandonarme quieres  
Cuando ya en la tumba negra  
Bajo el peso de los años  
Se vá hundiendo mi existencia?  
Ve a tus otras dos hermanas  
Que por no oír mi esperiencia,  
Hoi padeciendo infelices  
De su suerte se lamentan.  
Ah! yo temo tu desgracia  
Como mi fortuna adversa,  
Que talvez quiere que solo  
La muerte cruel me sorprenda....  
¿Es imposible: a ese afecto  
Opondré todas mis fuerzas!

Mas de la niña en el pecho  
El amor crece sin tasa;  
A cada instante que pasa  
Duplicase su pasión.  
En vano todos los dias  
El marqués la aconsejaba,  
Por que ella solo escuchaba  
La voz de su corazon.

I la desgraciada jóven  
Cual débil flór se marchita,  
De su fortuna maldita  
Quejándose sin cesar.  
Las horas van lentamente  
I la infeliz se devora,  
I de su vida en la aurora  
Siéntese triste acabar.

Pero al fin no resistiendo  
A su pasión poderosa  
Atrevióse, aunque medrosa,  
A hablar al cabo al marqués;  
I ante él llegando de hinojos  
Postróse la desdichada,  
I su pasión acendrada  
Pintóle con timidez.

El marqués que así la viera  
I de ella no condolido,

En un claustro decidido  
Encerrarla la juró.  
¡Temerario! que no piensa  
No le dice su ternura,  
Que labra la deventura  
De la hija que mas amó.

II.

Entró la niña a un convento  
Para hacerla profesar;  
Mas no hubo quien pronunciar,  
Hiciérala, el juramento.

Pero allí quedó encerrada  
De su padre maldecida,  
I la infeliz vé su vida  
En el dolor sepultada.

Mas la asiste una esperanza  
I en su terrible sufrir,  
Un risueño porvenir  
Allá a lo léjos alcanza.

I con tan dulce ilusion  
Siente en su cruel agonía,  
Cierta secreta alegría  
Que la dá resignacion.

Por su cariño impulsada,  
En la noche silenciosa,  
La desventurada hermosa  
Sube a la torre elevada;

I allí cuenta hora tras hora  
Como ajena a su tormento,  
Hasta que ya el firmamento  
Vá iluminando la aurora.

Desde aquel lugar divisa  
La casa do está su amante,  
I así calma algun instante  
El mal que la martiriza.

¡Pobre niña, vírjen pura  
Que busca un vano placer  
Que lo lleva sin saber  
A mas triste desventura!

.....  
.....

Es una noche de julio  
I el norte soplando récio,  
De la vecina borrasca  
Parece ser mensajero.  
Espesas nubes entoldan  
El bello azul de los cielos,  
Como aveces al placer  
Encapota el sentimiento,  
Ni una débil luz se alcanza  
Por el vasto monasterio  
Da yace Adela encerrada  
Con su desdichado afecto:  
Parece la estancia triste  
Donde descansan los muertos,  
A la mansion donde moran  
Los espíritus del miedo.  
Mas no hai tempestad ni noche  
Que arredre a quien en su pecho  
De una violenta pasion  
Atiza el voraz incendio.  
Así la infeliz Adela  
Sin cuidado ni recelo,  
Cruza por los corredores  
De su lóbrego convento.  
Sube a la torre por fin  
I con un placer intenso  
Tiende anhelante la vista  
Por entre el negro silencio.

Pero nada se distingue,  
Que todo parece envuelto  
En el vapor de las nubes  
O en un funerario velo.  
Un desgarrador suspiro  
Arrancósele del pecho  
A la enamorada vírjen  
Burlado, al ver, su deseo.  
Bajó los hermosos ojos  
Con ámbas manos cubriéndoselos,  
De su despiadada suerte  
Agobiada por el peso.  
Pero de pronto un murmullo,  
Sordo, interrumpió el silencio,  
I a la largo de la calle  
Cien luces aparecieron.  
Alzó Adela la cabeza  
A su esperanza volviendo,  
I vé salir de la casa,  
De su amante, un negro féretro.  
Lanzó un grito la infelice  
I apenas con lábio trémulo,  
—El és ¡mi adorado Adolfo.....  
El que por mi amor ha muerto!  
I doblóse desmayada  
Cual lirio que abate el viento.

.....  
.....

III.

Eran del siguiente dia  
Las siete de la mañana,  
I de que Adela está loca  
En todo el convento se habla.  
Mas de las monjas ninguna  
Puede acertar con la causa  
Que a tal estado a la jóven  
Pudiera precipitarla.  
Unas dicen que en mitad  
De la noche solitaria,  
Hora en que los muertos dejan  
Sus sepulturas heladas,  
Vió quizá de algun espectro  
La figura descarnada,  
I perdiendo la razon  
Cubrió el delirio su alma.  
Otras dicen que talvez  
Vió diabólica fantasma,  
Cuya impresion la cabeza  
De la niña trastornara.  
Mas conjeturas son solo,  
Nadie adivina la causa,  
I la verdad se sepulta  
Mientras mas quieren hallarla.  
Sucede así comunmente  
En esta vida malvada  
Que, al correr tras de lo cierto,  
La falsedad nos abraza.  
I es la mas cruel maldicion  
Con que Dios nos castigara,  
Cuando averiguar quisiéramos  
Algo que no nos tocara.  
Pero anudemos el hilo,  
Que hoi las digresiones cansan,  
I tengo curiosidad  
De ver la cosa en que pára.  
Lo único que bien se sabe  
En medio de las erradas  
Conjeturas de las monjas,  
Es que la niña fué hallada  
Arriba de la alta torre,  
Sin sentidos, desmayada;  
I que al volver del sopor  
Vióse que en juicio no hablaba.  
Decia de cierto féretro....  
I otras cosas tan estrañas,

Que se conocia al punto  
En su razonar la falta.  
Fué la noticia al marqués  
De tan tremenda desgracia,  
I aunque el caso se le dijo  
Por personas respetadas,  
Dió por única respuesta  
Que todas serian fábulas,  
Con que querria su hija  
Burlarlo en sus esperanzas.  
Mas la niña sigue loca  
Sin que logre mejorarla,  
Algun remedio, un instante,  
I los médicos declaran,  
Que quedará para siempre  
Así sin juicio, insensata.

RAFAEL SANTOS.

(Concluirá.)

## El honor de una mujer. (a)

### I.

Suponeos un cuarto chico i desordenado, verdadera recámara de un jóven soltero, con los muebles cubiertos de polvo, de libros, de papeles i en cuyos muros penden algunas caricaturas i alguna que otra estampa de aquellas que vienen adornando las portadas de las obras iluminadas, i ya podreis formaros una idea exacta del teatro de la escena que trato de narraros.

En medio de este cuarto de estudiante, olvidé decir que se hallaba un mueble de lujo, el cual contrastaba notablemente con las sillas desvencijadas i el endeble catre que servia de lecho a su pobre dueño.

Una mesa redonda de mármol negro i pié de caoba era, pues, el elegante adorno de aquella estancia, i cuya presencia podia pasar mui bien por un enigma puesto para escitar la curiosidad de cuantos allí penetraban.—Encima de esta mesa flameaba una ponchera, i su llama tricolor, loca, danzante que ajitaba, por un nuevo contraste, una gran cuchara de plata, empalidecia, como era natural, la luz de una candelá, cuyo resplandor sombrío se reflejaba intermitente i tembloroso sobre las figuras de cinco jóvenes, que por sus gritos, cantos i votos cualquiera hubiera podido creerlos enteramente borrachos.

—¡Cuán bella estaba en el baile! decia uno, cuán hermosa con aquella mirada de ángel, con aquel corpiño de crespon negro tan coquetamente escogido, i que tanto hacia resaltar la marmorea blancura de sus espaldas.

—Una hora con ella, Leopoldo, i despues el infierno, respondia otro.

—Cuán feliz es este Luis! interrumpia un tercero: cuán dichoso es con sus tres queridas!

—Caramba! ya es demasiado.—Necesario será que nos ceda al ménos una.

Aunque no tuvieseis, lector, la clave de la conversacion, bien podriais adivinarla, pues aquella era una reunion de jóvenes, en que como es de ene no se habla de otra cosa que de mujeres, amor i voluptuosidades.

—Es una amarga burla, Juan, exclamó Leopoldo

(a) Este cuento lo hemos sacado de una causa que se siguió en Bruselas a un joven acusado de asesino por la familia del que tuvo la desgracia de morir en un duelo.

golpeando violentamente sobre la mesa de mármol: es una burla indigna, repito, que viviendo ambos en un mismo cuarto, i colocados todo el dia delante de tan deliciosa criatura, permanezcamos impasibles i frios i no le dirijamos nuestros homenajes.—Helena debe sonreír al pensar en nuestra timidez, si, debe reírse a carcajadas al ver que somos mas cuitados que un pobre niño de escuela.

Al oír el nombre de Helena, Juan dió un salto sobre su silla como si hubiese sentido la mordedura de una víbora, i sus cejas negras se frunciéron amenazando, como el horizonte cuando se encapota de nubes, una súbita tormenta.

—I bien! continuó Leopoldo, echando a su compañero una mirada de odio i envidia ¿no veis ya al celoso estremeño como se enfada? Ah! canario! ¿I por qué Juan está enamorado como una tímida doncella no deberémos permitirnos nosotros la insolencia de hacer delante de él siquiera el retrato de una guapa chica?

Los otros jóvenes reían largamente, i hasta llegaron a levantarse de sus asientos como para animar la impetuosa verbosidad de Leopoldo.

—Sigue hablando, camarada, exclamaron.—Sí, si, habla que no importa que se enfadé nuestro buen amigo.—Juan es feliz, según se dice, apesar de su modestia i aunque no quiera confesarlo volveremos a repetírselo mil veces.—La Helenita parece que lo escucha sin miedo.—Ah! bribon! quién fuera como tú! Pero a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

Silencio, señores, interrumpió Juan enfurecido, i rompiendo sobre la mesa el vaso que tenia en la mano.—Ese nombre es sagrado para mí; así no debe ser pronunciado sin respeto entre nosotros.

Los jóvenes quedaron con esto sorprendidos del movimiento apasionado de su amigo.

—¿Deveras hablas, Juan? Pues no volveremos a molestarte en adelante.

Los ojos de Leopoldo brillaron en este momento con un resplandor siniestro.

—Tú la amas! dijo.—I bien! confiésalo i no volveremos a decir una sola palabra mas en el asunto.

—No se necesita mas que eso? Pues lo confesaré de mui buena gana. Sí, la amo como a mi porvenir en esta vida, como a mi esperanza en la otra, su nombre, su nombre solo hace palpitarme corazón i circular mi sangre como un río de fuego por mis venas.—Por esto os digo que su nombre me parece que se mancha cuando se le pronuncia, si, se mancha articulado por bocas como las vuestras, escuchado por oídos como los de vosotros, nutridos desde temprano del desorden i del libertinaje.—Asi quisiera sepultarlo, esconderlo en mi seno con este pensamiento de amor i de embeleso que forma mi suplicio i mi ventura.

Aplausos frenéticos, risas convulsivas pusieron un punto acápite al patético discurso del pobre Juan, que avergonzado i enrojeciendo de sus mismas palabras quedó sumergido en el mas profundo silencio.

—Bravo, Juan! bravo! bravo! Una daga, amigo, un capacete, una barba a la Española i una cadena de oro, i ya podrás echarte a combatir con todos los Antonys i los Hernanis de la tierra.

Leopoldo entre tanto molía sobre la mesa los fragmentos del vaso roto por Juan, i sin apercibir-

se que sus dedos chorreaban sangre hablaba con mucho calor al oído de uno de sus camaradas,

—Yo la veré mañana, dijo con una voz apagada i como perdida en el tumulto del canto i de los gritos.

—¿Juan sin duda te acompañará a casa de la madre de Helena?

—Yo tendré buen cuidado de estorbarlo.

—Pero chit! nos escuchan.

Todos volvieron hacia la ponchera, llenaron sus vasos i los apuraron, tirando las gotas del ponche sobre la estera en señal de regocijo, i como para no perder la costumbre tan comun en el artesano de hacer siempre partícipe a la tierra de sus goces i sus delirios. En fin, levantóse la concurrencia: Juan i Leopoldo quedaron solos.

—Adios, dijo el primero al retirarse a su cama que estaba pegada a la de su camarada.

—Adios respondió este con un tono glacial.

Habia ya un porvenir de sangre i de rencores entre estos dos infelices compañeros de estudios i trabajos.

Juan permaneció algunos instantes pensativo.

—Levantóse en seguida, se aproximó a su ventana, echando una mirada con un suspiro de felicidad sobre la casa que se elevaba al otro lado de la calle. Helena! Helena! murmuró dulcemente.—En este mismo instante aparecia en el balcon de la casa tan mirada una luz que parecia acabada de prenderse como para dar las buenas noches al amante tan amartelado como bien correspondido.

## II.

Era de noche, pero la luna en el jardin parecia derramar torrentes de una luz pálida i enfermiza.

Un jóven paseábase a pasos precipitados por una de las calles, que el espeso follaje casi hacia aparecer como una gruta impenetrable.—Habriase podido tomar este cuadro por una galería feudal, sombría, mústia, de ornamentacion gótica i almenadas paredes, o bien por un perístilo en el cual corrian enlazados de arcada en arcada los pámpanos lujosos de la viña italiana.

El héroe de esta aventura estaba triste, impaciente, pues sus movimientos eran convulsivos; sus pisadas resonaban sobre la arena en rápido i monotonó sonido.—Esperaba a alguno sin duda, pues sus miradas se dirijian muchas veces hacia las habitaciones que a lo léjos se divisaban por entre los espesos árboles, i su oído parecia escuchar otras tantas a la brisa como si élla debiera traerle el ruido de una pisada tímida i recelosa o el suave crujido de un traje de seda.

—¡Sois vos, sois vos, en fin! Dijo a una jóven que acaba de caer en sus brazos. ¿Helena, qué significa este espanto, esta emocion tan estraña que no puedo comprender? Soi yo, soi vuestro amigo, soi Juan, soi vuestro amante que se halla dispuesto a olvidar tanto vuestra indiferencia como vuestros mal cumplidos juramentos.

I como la jóven no tuviese fuerza para sostenerse, la colocó temblando toda sobre las gradas de la cruz de hierro, despues de haber posado suavemente sus labios sobre la frente fria i pálida de su amada.—Rara por cierto era esta escena de amor en presencia de aquel signo tan reverenciado, que

siempre, i mas en la noche todavia, inspira al alma pensamientos graves i relijiosos.

—¡Ni una palabra! ¿Nó me direis una sola palabra, Helena, que me explique vuestra conducta, que me haga saber el motivo de aquel billete, en que se me anuncia una separacion eterna, en fin, la resolucion decidida de no volver a verme en la vida?

—¡Dios mio! dice élla arrojándose a sus piés i abrazando convulsivamente la cruz como en ademán de pedirle auxilio. ¿Dios mio, me dareis fuerza, valor para hablar?.....

La frente del jóven tomaba a su pesar un tinte sombrío: un funesto presentimiento destrozaba ya su corazón i perturbaba sus sentidos.

Helena se levantó bruscamente, i colocándose delante de él con un movimiento solemne:

—Sí, sabreis todo, le dice: vos solo tendreis piedad de mí: vos solo no abusareis de mi confianza i no descubrireis jamas mi deshonor. Vos solo, en fin, me enseñareis, me mandareis lo que debo hacer en esta agonía.

Juan estaba petrificado.—Helena implorando su piedad, Helena hablando de deshonor i vergüenza, era a sus ojos un pensamiento tan estraño que no podia ni comprenderlo ni admitirlo.—La pobre jóven creia entretanto que rechazaba su confesion i su arrepentimiento.

—Oh! nó, dice, vos no burlareis la única esperanza que me resta!.....

Las lágrimas inundaban sus mejillas. En este momento un grupo de nubes sombrías arrojadas por un viento impetuoso se estendian sobre la luna como un velo de luto. Una oscuridad completa los rodeaba entónces. Unicamente de minuto en minuto un relámpago abrasaba los cielos, los jardines i la venerada insignia que era mudo testigo de esta escena. El trueno comenzaba a hacerse oír a lo léjos, i su voz dilatada i aterrante venia como a completar este cuadro lleno de singularidad e interés.

—Hace un mes, dice élla ¡oh! ese dia sin duda mis oraciones no habian llegado al cielo i mi ángel de la guarda me habia abandonado.... Habiamos partido para Laeken donde debiamos pasar algunos dias con algunos amigos. Amigos!.... i entre ellos..... Pero, yo no os lo nombraré jamas, Juan, sí, yo no debo nombrarlo! I vos tambien me habiais abandonado; pues debiais haber ido a encontrarme al castillo, i no sé por qué motivo os quedasteis en la ciudad.—Dos dias se pasaron en medio de la libertad, de las diversiones tan inocentes del campo. Solamente ese hombre me perseguia siempre con sus atenciones i vivas solicitudes que me fatigaban, i llegaban a veces hasta helar mi sangre de espanto. Pero ¿podia yo preveer la suerte que me amenazaba? A medio dia me habia retirado a mi cuarto: tranquila i confiada en la seguridad de que mi madre estaba a mi lado, habia querido sustraerme un instante al calor del dia: me habia echado sobre mi cama, pensando en vos, Juan, i suspirando, llorando más bien vuestra frialdad i vuestra ausencia.—De repente veo a un hombre delante de mis ojos: era él. Me renueva todas aquellas protestas de amor con que me perseguia desde tanto tiempo. Inquieta con su presencia, me levanto i llamo a mi madre.—Oh! Dios mio! ruegos, promesas, lágrimas, todo fué inútil! La puerta estaba cerrada: no pude ni tomar el cordon de la campanilla para llamar.—En

fin agotada por una lucha tan desigual, caí exánime entre sus brazos. Cuando volví me hallaba sola i sin mas amparo ni refugio que mi desesperacion i mis lágrimas.—I despues de esto, Juan, decidme ¿podria yo haberme presentado ante vos con la mentira sobre el rostro i la hipocrecia en el corazon? ¿Podia yo deciros : ven, soi siempre tu Helena pura i sin mancha? Ya lo sabeis todo, pronunciad, ahora mi sentencia.

—Cobarde!..... miserable!..... ¡qué horror!

—Juan, habla mas bajo : podrian oirnos. En su vergüenza la infeliz olvidaba la distancia del castillo i el sordo mujido de la tempestad.

—Nó, tu no eres culpable, Helena! Pero, habla, habla, dime su nombre.

—Oh! me moriría si lo pronunciase!.....

—Es Leopoldo, es Leopoldo, ¿nó es verdad? Arrojó ella entónces un grito espantoso, ocultando su rostro entre sus manos.

I la tempestad mujía en tanto mas terrible i los relámpagos iluminaban todo el horizonte.

—Sí, es él..... yo lo conozco! Levanta, Helena espera todavia.—Una palabra sola ¿hai alguien en la vida que sepa este horrible secreto?

—Oh! mi madre misma lo ignora.

Sus lábios ardientes rosaron la frente de la jóven.—Adios, dijo.

—Adónde vas, pregunta ella?

—A vengarte o a morir!

En este instante un relámpago vivo i deslumbrador iluminó el cielo, i cuando la noche volvió a ceñir con su manto fúnebre la tierra, Juan habia desaparecido en la sombra i las tinieblas.

Helena habia caido desmayada sobre las gradas de la cruz de hierro.

### III.

En el café de *Flandes* habia una gran concurrencia. La tempestad habia atraido allí a todos aquellos que estaban distantes de sus casas i se habian visto forzados a buscar un asilo momentáneo. El ruido de los jugadores, el murmullo de las conversaciones, las órdenes dadas en alta voz, i sobre todo aquellas olas de luz i las nubes de humo producidas por los cigarros, toda parecia como compajinarse para producir en el espíritu una vacilacion lijera, una especie de aturdimiento que, con todo, no carecia de encantos.

Unos cuantos jóvenes, sentados al rededor de una mesa, en una sala particular, arriesgaban al juego las pensiones de todo un mes.—Leopoldo estaba allí en la mesa del monte.

—No tallo mas, dijo el que hacia de montero, levantándose un tanto amostazado.—Caramba con mi suerte! apostaria que en todo el mundo no hai un destino como el mio.

—Yo tallo, señores, esclama entónces un jóven, que avanzaba rapidamente hácia la mesa, pálido como un difunto, i que tan embebido estaba en su pensamiento que, para llegar hasta allí, tuvo que voltear de sus asientos a varios de sus compañeros de todos los dias.

Leopoldo acaba de encontrarse cara a cara con Juan, i apesar suyo la mirada de este parecia haberle fascinado. Trató de sonreir.—¿Con qué quieres tú tambien perder?

Conoces a alguno que pueda igualarme en felicidad cuando tengo una baraja con mis manos o cuan-

do por desgracia del que talla sirvo de *apunte*?

—Quiero tallar! grita Juan.—I habia tanta autoridad, tanto furor concentrado en su voz, que Leopoldo no supo que decir.—Quedaron ellos en silencio por un instante i lo mismo los jóvenes que asombrados del aire de Juan los rodearon con indecible curiosidad.

—A la Zota! dijo Leopoldo poniendo un duro sobre la carta.—Ahí está, canario! venga mi peso.

—No hai tal cosa, es el caballo.

El concurso estupefacto de tan atrevida mentira en un jóven, a quien conocian tan verdadero i tan leal se miraba mudo i no se atrevia a mezclarse en esta discusion, cuya gravedad preveia. Leopoldo quiso manifestar sangre fria. Estos caballeros, dijo son testigos de que he ganado.

—Mientes, miserable! Al mismo tiempo con un movimiento convulsivo Juan da una bofetada terrible en la cara de su competidor, arrojándole despues las cartas a la cabeza. Un minuto despues, no habia una alma en el café de Flandes.

### IV.

El huracan hacia todavia oír sus ecos aterradores en Bruselas; pero los relámpagos, ya no tan continuos, no iluminaban sino de cuando en cuando el paseo del Parque i sus árboles gigantescos.

Las doce de la noche iban a dar, i los curiosos se agrupaban con todo. Era que un duelo, que un duelo a muerte acaba de tener lugar a pesar de la noche en los baluartes exteriores, a la luz de la tempestad, i a la trémula claridad de los reverberos, i la multitud siempre corre ansiosa tras de los espectadores de sangre. Uno de ellos acababa de sucumbir; varios jóvenes asustados se disponian a correr por un cirujano.

—Deteneos, dice Leopoldo con una voz apenas intelijible : todo seria inútil.—Ah! no me cambiéis de posicion! Siento que voi a morir!

—Bendemos la herida.—Tu corbata, Luis, dame tu corbata!

—I, qué! habrá alguna esperanza todavia preguntaba Juan, cuya mirada semejava el brillo de una espada homicida.

—Una seña del moribundo le dijo la verdad i una sonrisa espantosa pasó por sus lábios contraídos.

—Morir! morir tan jóven! murmuró dolorosamente Leopoldo. Ah! Juan, oh Dios mio! ¿qué te habia yo hecho? En qué te habia yo ofendido?

—¿I me lo preguntas cobarde! ¿Tu corazon no te lo dice? Ah! maldito seas aquí i en la eternidad! Mas ya que quieres saber el motivo de mi odio, oye pues, i queda satisfecho.

Diciendo esto se inclinó hasta la oreja del moribundo i murmuró a su oído algunas palabras que nadie pudo oír. Leopoldo hizo entónces un movimiento convulsivo : i bajó la cabeza para nó volver a levantarla mas.

—Todo ha concluido! exclamó Luis a sus camaradas.

—Está bien, dijo Juan: pero el ánjel se ha salvado!

### V.

El cielo era sereno i apacible, jamas talvez habia iluminado el sol tan hermoso dia, pues ni una nubecilla de esas que vagan perdidas venian co-



mo empañar aquel océano azulado. — Las flores embalsamaban una atmósfera cargada con todo el aroma de la primavera, i el sol lanzaba sus rayos de oro sobre las viejas torres de Santa Gúdula i sobre la elevada flecha de la Municipalidad, al pié, de la esplendorosa estatua de San Miguel.

Una multitud de jente obstruía las naves de la iglesia, pues un rico matrimonio acababa de celebrarse, i cada uno queria ver a los novios tan bellos, tan suaves i tan dichosos.

Juan habia obtenido la mano de Helena: un año despues conducia al altar a una de las mas ricas herederas de Bruselas.

— ¡Guapo mozo! ¡Qué bien está! decian las jóvenes al verle pasar.

— ¡Qué linda es ella! exclamaban los hombres echando una mirada de admiracion sobre Helena, blanca como el mármol, a pesar de sus riquísimos adornos, su velo de tul i su ramo de novia.

— ¡Cuán feliz es este Juan! decian otros: pocas jóvenes llevan a su novio un tesoro igual de gracia i de inocencia!

Juan i Helena tuvieron un instante de turbacion. — Una mujer vestida de luto rigoroso acaba de pasar delante de ellos. Era la madre de Leopoldo.

Sin embargo, una hora despues ambos estaban unidos para toda la vida. — Oh! este momento debió costarles bien caro!

L. O. N.

### Los dos bribones (1).

Entre las cosas llegadas  
De España continuamente,  
Hai cosas mui delicadas  
Para el olfato i el diente:  
Verbigracia el bacaláo  
I aquel polvillo de antaño,  
Que nos vienen de Bilbao  
Cada año.

Mas entre pasas i frutos  
I aquella losa vidriada,  
Suelen tambien muchos brutos  
Entrársenos de colada,  
I tunantes, por supuesto;  
(Abunda de ellos la Europa)  
Así va marchando esto  
Viento en popa.

Ya que he hablado de bribones,  
Hoi quiero escribir la historia  
En unos cuantos renglones,  
Para que quede memoria,  
De dos tunos castellanos,  
Que vinieron, no hace mucho,  
Sin mas bien que sus dos manos  
I algun pucho.

El uno que se llamaba  
Pareja por apellido,  
Mirando que aquí se daba  
Al Toro mucho sentido,  
Dijo: yo tambien soi toro  
Allá en Castilla la Vieja,  
I hablando en plata i en oro  
Sin pareja.

(1) El cuento es histórico, i tanto que si ámbos personajes hubieran vivido en tiempo de Cervantes, le habrian servido magníficamente para tipos de su novela *Rinconete i Cortadillo*.

Firmóse, pues, como vemos,  
Toro-Pareja al instante;  
I ajitando bien los remos  
El astuto navegante,  
Le dijo a su compañero,  
Que era todo un Maragato;  
Ya el rumbo encontré certero:  
Literato.

Sí, Ramon, i fabulista,  
Autor de cuento i novela:  
Hazte tú oficial carlista  
I ya verás como cuele,  
Dicho i hecho: i de repente  
Ya estaba la compañía  
Navegando con patente  
De picardía.

Juntó pues, nuestro Pareja  
De mil cuentos un cuaderno;  
I enhilando la madeja,  
Con un semblante mui lierno  
No dejó doctor ninguno  
Que no viese cortésano,  
Hasta que al fin hubo uno:  
Fue el Decano.

Que, creyendo en sus ficciones,  
De su talento admirado,  
Le adelantó unos doblones  
Sobre el cuaderno citado;  
I el pillastre, que queria  
Ganar afuer de Virjilio,  
Le compuso cierto dia  
Un idilio.

En fin, con esta diablura  
Trastornóle la cabeza,  
I presentó don Ventura  
A la Academia la pieza.  
Por supuesto, los doctores  
Dijeron que se publique,  
I tragarón los señores  
El palique.

Viendo, con todo, el tunante,  
Que ni apénas lograría  
Con que pagar en sonante  
Lo que a Ramon le debía,  
Dijo para sí: me mato;  
Rompo el libro i chancelado,  
Aunque quede Maragato  
Mal parado.

Pero ántes unos renglones  
Escribiré; es buen muchacho:  
Me prestó sus pantalones:  
Me ha dado vino i gazpacho.  
Mas ¿pagarle yo al Decano  
I a Ramon con mi cuaderno?  
Que él se vaya i mi paisano  
Al infierno.

Dicho esto, tomó la pluma  
I escribió por despedida:  
Que la existencia lo abrumba,  
Que detesta ya la vida;  
I que, armado ya su brazo,  
Va a darse con gran presteza  
Un feroz pistoletazo  
En la cabeza.

Hecho así, guardó lijero  
En una bolsa o maleta,  
De su amado compañero  
El pantalon i chaqueta;  
I saliendo mui quédito

Dijo: adios, hasta la vista!  
No has de dar tú, Ramoncito,  
Con mi pista.

I tomando disfrazado  
La primera carretela,  
No corre precipitado  
Por esos campos, que vuela.  
En tanto con triste queja  
Grita Ramon lastimero:  
«¡Se mató mi compañero!  
¡Mi Pareja!»

Mas a poco ¡quién creyera!  
Supo Ramon, que Pareja  
Pasaba la cordillera  
Con el disfraz de una vieja;  
I de rabia poseido,  
Brineándole el corazon,  
Decia: no he conocido  
Igual ladron!

Con este fatal suicidio  
Quedó el oficial carlista  
En visperas del presidio,  
De que escapó el fabulista.  
Pues sin el dicho cuaderno  
¿Cómo salir de acreedores?  
¿Cómo salvar los furoros  
De este infierno?

Cavilando un poco, zape!  
Dijo desplegando el ceño,  
«¡Mal haya del que me atrape!  
¡Yo tambien soi Madrileño!»  
I sin mas ni mas, derecho  
Se vá a casa de un platero  
Español, franco, lijero,  
De alto pecho.

I cuéntale lastimado  
Lo que acaba de pasarle:  
Que Pareja se ha marchado  
Sin una *media* dejarle;  
En fin, le lloró en confianza  
Con tanto compunjimientto,  
Que le arrancó en el momento  
Su fianza.

Apénas la hubo tenido,  
Abandonó el *calañez*,  
I se paseó ya vestido  
Como cualquiera Francés.  
Va a Mendoza, trae novillos,  
Caballos, machos, carneros,  
Mulas, vacas, diez arrieros,  
I potrillos.

Vende, pues, contrata, alquiler,  
Cambia, compra, da al fiado;  
I ya al mercader trasquila,  
I le roba al hacendado.  
Tiene amigos los mejores,  
Tiene tambien escribano,  
Mas de doscientos amores  
¡Inhumano!

Mas, nadie de ello se espanta,  
Pues fuma cigarro habano,  
I enamora, juega, canta,  
I bebe buen jerezano,  
I en birlocho se pasea,  
I cena en la fonda inglesa  
I hace el galan de Tadea  
La Francesa.

Mas el momento llegado,  
Corre un rumor mui lijero,  
Que en un buque se ha embarcado  
De vapor i mui velero;

I que a su esposa dejando,  
(Porque tambien se casó  
Como aquel Pareja cuando  
Se mató)

Va con una criatura  
En sabroso chicoléo  
Para pasar la amargura  
Del camino i del maréo;  
I diciendo se ha marchado  
Con tono el mas lastimero,  
Por todo el mundo robado,  
¡I él platero!

Por supuesto, a esta noticia,  
Un batallon de acreedores,  
Albañiles, labradores.  
Ministros de la justicia,  
Escribanos, organistas,  
Carpinteros, mercaderes,  
I amen de sus mil conquistas,  
Dos mujeres;

Van de un lado, van de otro,  
Recorren el monte, el llano,  
I no hallan vaca ni potro  
Pues todo vendió el paisano.  
De tanta brega cansados,  
De desengaño corridos,  
Se dieron los ya robados  
Por sufridos.

Ménos el pobre platero,  
A quien la maldita fianza  
No le dejó mas que el cuero  
I su ninguna esperanza.  
En tanto corre contento  
El mui dichoso Ramon  
Con apetito, buen viento.  
¡Tiene razon!

M. BLANCO CUARTIN.

### Un cuasi.

De un *cuasi* se halla pendiente  
La dicha de mucha jente,  
De mucha jente que llora;  
Porque no llega la hora  
De que un *cuasi* renegado  
Se torne un hecho acabado.

El que espera en la oficina  
Tener alguna propina,  
Siendo *cuasi* propietario,  
¿No deseará de ordinario  
Que se muera en el instante  
El que está *cuasi* cesante?

Del que aguarda que su tia  
Se muera de pulmonía,  
Estando *cuasi* ya muerta,  
I que le deja una huerta,  
¿No es claro que está su suerte  
Colgado de un *cuasi* muerte?

El que *cuasi* es un marqués,  
I que por uno no lo es,  
Es decir, por un chiquito  
Que ha de ser herederito,  
¿No pedirá con anhelo  
Que *cuasi* se vaya al cielo?

La novia que *cuasi* es dama  
De aquel galan que la ama,  
¿No deseará con fervor  
Que, lleno de mucho amor,  
Le diga: mi prenda hermosa  
Ya no hai *cuasi*: eres mi esposa?

I el canónigo que pena  
 Por una ración no llena,  
 I que *cuasi* no percibe  
 La mitad ¿no se desvive,  
 No se ajita i desespera  
 Por *cuasi* ración entera?

El que *cuasi* es capitán,  
 I que, tal vez, le darán  
 El grado dicho al instante  
 Que haya en el cuerpo vacante,  
 ¿No mirará placentero  
*Cuasi* muerto al compañero?

Como estos hai muchos mas,  
 Que tú lector ya sabrás,  
 Que de un *cuasi* estan colgando  
 I que se llevan llorando;  
 Por que el *cuasi* renegado  
 No es un hecho consumado:  
 De modo que en este cuento  
 Ni hago ilusiones, ni miento.

EL MISMO.

### Algo de todo.

SUMARIO.—Novedades importantes de la Semana.—Las cosas están como estaban.—Modas.—Muerte de Victor Manuel.—Visita a los muertos.—Literatura mortuoria.

Mui buenos dias o mui buenas noches, amabilísimos suscritores *al Mosaico*: bésoos las manos i los piés; i en ello, creedme, no me dirije espíritu ninguno mezquino sino puramente el de ser cortés, por mas que se diga que *uno besa manos* que quisiera ver cortadas.

Esto dicho, paso a relataros las novedades mas curiosas del dia.

La que mas ha llamado la atención es la muerte de un fotógrafo, jóven lleno de talento, i de quien debia haberse ocupado el *Ferrocarril* siquiera para decirle lo que se dice a todos los muertos *que la tierra le sea lijera!* Principio por esta triste nueva, porqué el dicho finado habria podido ser, estudiando algun tiempo mas, uno de nuestros buenos pintores, i un ejemplo vivo de que en Chile hai tambien artistas a pesar de la poca protección que el público les presta.

A mas ¿por qué no ocuparnos en consignar algunas líneas al hombre virtuoso, que para ganar su vida honrosamente no se valió de otros elementos que los de su jénio?

El silencio del biógrafo, la corta narración de un cronista, por lo comun destemplada i sin sentido, hé aquí lo que ofrecemos a los artistas cuando dejan la tierra por el cielo: i eso que en ninguna parte del mundo, creo que los fotógrafos tienen mas ocupación i ménos lucro. Efectivamente ¿quién hai que no se daguerreotipe o fotografie e ilumine en estos tiempos? ¿Hai una vieja en Santiago, un clérigo, un comerciante, una jóven, una esposa virtuosa i una que no lo sea, que no hayan pasado por el instrumento que traslada a la plancha o al papel hasta la última de las arrugas?—Se dice que ia Inglaterra es la tierra de los anuncios, porque no hai esquina, calle, ni callejuela, ni pared que no esté garabateada i engrudada, i sin embargo nadie hasta aquí ha pensado en llamar a Santiago el país de los daguerreotipos.

Sin embargo ¿a dónde estendemos la vista que no veamos ora una anciana, llena de perlas i fili-

liés, i sentada tan aplomo en medio del portal viejo o del pasaje o en las plazuelas, ora al mequetrefe mas repugnante, cuyo oficio no es otro que el atuzarse la melena o los bigotes?

Tierra de estatuas i retratos, Chile no parece ya mas que un cementerio, si bien lo parece por tantas otras cosas.—Pero hablemos de la fotografía.

Me han contado que el finado fotógrafo antes de bajar al sepulcro, tuvo que sostener una polémica mas que acalorada con una señora viuda, que, habiéndole encargado el retrato de su esposo, muerto hace diez años, se puso furiosa porque, segun decia, el garrótillo no habia sido bueno para trasladar a la posteridad las facciones de Pepe.—Como este caso ha habido muchos otros en que se ve que el pobre Valenzuela si no era Rafael Sanzio o Miguel Anjelo, tuvo que sufrir verdaderamente mas que un santo.

¡Qué suerte la de los artistas! El pintor Domeniconni pudo graduar perfectamente lo que nosotros llamamos *la pintura* i lo que nos conocemos como dicen los Franceses en este, el mas bello de los artes.—Contaba que estando haciendo el retrato de una Magdalena, antojósele mostrar el bosquejo que habia hecho de su rostro, a cuyo derredor colgaba una hermosa cabellera: i que al mostrárselo a una reunión de caballeros i señoras, tuvo la sorpresa de ver que el concurso se anegó en lágrimas, encontrando la efijie de la santa bendita idéntica al ministro Portales que por entónces acababa de ser asesinado.

Decimos esto para escusar a la vieja del retrato al garrótillo, i por que mas de uno i mas de una ha dicho muchas veces a Valenzuela, a Cicarelli que no les gustaba el retrato que habian mandado hacer por no estar parecido en la facción del pié i de la mano.

No hace dos meses que una turba de jóvenes, siguiendo la reciente moda de Paris, ha invadido las fotografías con el fin de hacerse fotografiar en tarjetas. La ocurrencia es buena, feliz i merece la pena de imitarse, pues ¿qué cosa mas hermosa que andar uno trayendo su retrato de zeca en meca, i prestándolo para que la melindrosa i la coqueta hagan con la efijie del amartelado galán lo que querrian hacer con su cara, tal como Dios se la hizo? La moda es magnífica, i como tal ha tenido ya tantos secuaces i admiradores: que solo en esta semana se han tirado cuatro mil retratos en tarjetas de todo lo mas selecto que tiene el mundo fashionable.

Lo único que choca en la tal moda, es que como aquí todos nos conocemos i vemos mañana i noche personas a que no deséramos echar los ojos encima en toda la vida, parece el tal retrato un pleonismo vicioso, que manifiesta: o que todos nos amamos con idolatría, o que somos un si es no es fatuos i presumidos, acusación que por cierto no merece la pena de contestarse.

Por lo demas las cosas están esta semana en el mismo estado que estaban en la pasada: los Ministros son los mismos i se hallan gozando de la misma buena salud, lo que es una buena noticia para los bochincheros i revolucionarios: el teatro ni mas ni ménos que como lo dejaste: pocas entradas, buena representación, hablamos de la del Hernani, en que es forzoso decir, que el protago-

nista, la heroína i don Rui Gomez fueron magníficamente bien representados, i tanto que apesar de que conocemos las facultades de los señores Gaitan, Risso i la señora Fedriani, no pudimos nunca imaginarnos que fuesen tan cumplidos intérpretes de Victor Hugo. —Hasta la Municipalidad que no se entusiasma mas que por sus *proprios* i sus *arbitrios*, estuvo *propiamente* entusiasmada i entregada al libre *arbitrio* para apreciar como debia la buena representacion del drama. —La platea fué la misma: sigue constipada, lo que nos permitió el placer de oír de cuando en cuando, en medio del trozo mas apasionado de los amantes, uno que otro acento carraspeño i aborrascado acompañado por supuesto de la tormenta consiguiente. Por lo demas estuvo intelijente: así cuando Elvira se pone a decirle finezas a su amante, se nos figuró que habria querido ella ser Hernani; lo que no habria sido mui agradable para la pobre niña, que ya se vió lo que padecia con un solo adorador. En la escena en que suenan los cañonazos, dió tambien muestras, la señora platea, de que entiende la cosa, pues a mas de uno se le puso la cara como una betarraga, imaginándose que se hallaba en alguna de esas escaramuzas en que nos hemos visto en estos últimos tiempos animados por un patriotismo verdaderamente de Bruto.

Otra novedad tristísima, otra nueva que os hará llorar a noco tendido, como llaman los Andaluces, es la pérdida irreparable que ha sufrido la causa de la libertad por la muerte súbita i dolorosa de Victor Manuel. —Si esto lee la *Revista Católica* le suplicamos no se desmaye por vida suya, pues el rei de Cerdeña no es el muerto, ni Dios lo quiera para bien del papa i del cardenal Antonelli, sino simplemente Victor Manuel Achurra, jóven lleno de esperanzas i de buenas intenciones, que ha sido arrebatado por la hoz de la muerte de entre los brazos de su esposa, en la que, en sentir del biógrafo del finado Navarro, queda un vacío que nadie podrá jamás ocupar por trazas que se dé para ello.

¿Cuánto daría su Santidad, el Cardenal Ministro i la *Revista Católica* i todos los de la colecta del Obolo porque en lugar de Victor Manuel Achurra se hubiese ido a ver a Dios el jeneroso cabo de los Zuavos? Pero tengan paciencia; que no hai trono que no se desmorone, ni plazo que no se cumpla (esto es para desgracia de todos los que tienen cuentas pendientes con el prójimo) ni cosa que quede con cabeza en este mundo, si bien las hai i bastantes, que en lo que lleva ya de vivido lo han pasado mui bien sin ella, i solo con sus piecitos; que, segun ya se ha averiguado, valen mucho mas que la cabeza en toda tierra en que no se hace uso sino de los puntapiés i las carreras.

Por la muerte del desgraciado Achurra, víme precisado a ser uno de los del cortejo fúnebre, i mas a decir unas cuantas palabras sobre su sepulcro.

—Oh! la muerte de este Victor Manuel me ha costado cara! ¡Pues nó que nó! Tener que levantarme a las seis de la mañana, ir a la casa donde se recibe i se despide el duelo sin que le den a uno siquiera una tasa de chocolate por despedida, i de postre tener que armar un discurso ni mas ni ménos que un *revolvers* de catorce tiros para descargarlo sobre la tumba del muerto, vaya! digo que es sufrir, i no como quiera, sino como yo no hubiera querido nunca apesar de los lazos que me ligaban al finado.

Cuando dije que tambien tuve que pronunciar algunas palabras sobre su sarcófago, no dije una mentira, pues así sucedió, no obstante las mil mentiras que enhilé i ensarté para dejar contento al muerto de mi elocuencia. Llegado pues al panteon, es decir, el cajon de Victor Manuel, dos o tres ancianos parientes suyos i yo, nos desayunamos con una misa, que, aunque no cantada, me hizo tal impresion en mis nervios que mas de una vez prorrumplí en profundos sollozos. —Ai! cuántas meditaciones viniéronse a mi mente! Eso de que cada uno, es decir yo (que es lo que importa) habia de venir a aquel sitio, i quizas con un acompañamiento peor que el que ahora llevaba mi amigo, i eso de que me dijeran sobre mi ataud un discurso como la loa que traía yo aprendida, eran de seguro asuntos capaces de hacer pensar en la inmortalidad al ateo mas empeinado. —Si, por Dios ¡qué de ideas fúnebres se representarán a mis ojos aterrados ya suficientemente por la vista de aquel ministro del altísimo, a quien en medio de mi tribulacion no miré sino como un ministro del demonio! Tanta impresion desagradable, tanta imájen lúgubre influyeron de tal modo en mi cerebro que ¿lo creerán? llegado que hubo el momento de tomar por la oreja del cajon a mi desdichado amigo, me equivoqué de piés a cabeza i sin saber como, voíme a colgar de la sotana del cura, que con voz en ese momento nada celeste, salmodiaba la bienvenida al recién llegado a aquella tierra. Por supuesto el sacerdote que lo que ménos hubiera querido era bajar al descanso eterno, por la increíble anomalía de preferir el movimiento cotidiano a tan reposada i envidiable situacion, dió un respingo, que me manifestó bien a las claras que sea cualquiera el estado del hombre sobre la tierra, jamas quiere dejar este valle de lágrimas por el paraíso. Por fin, tomamos el ataud, i llevándolo yo con mas cuidado que si encerrase un vidrio delicado que al menor golpe puede trisarse, lo depositamos en aquel agujero final a donde van a parar todas nuestras grandezas. —Lanzado a la tierra i echadas sobre él las paletadas de los sepultureros, uno de los circunstantes me hizo una seña con el ojo para que soltase el agua sobre el difunto, es decir, para que disparase mi discurso, ni mas ni ménos que lo hace una compañía dramática con las petipiezas o sainetes que suelta para endulzar el paladar amargado con un mal drama. —A pesar de que me escusé tambien con los ojos como diciéndole *perdona a tu pariente*, o mejor *perdóname a mí*, bárbaro aficionado a la elocuencia panteonaria, no importa, volvió a la carga, i como quien da la orden de fuego! dice con voz clarísima i acentuada: el señor *Duende* va a decir una cosa buena. —Al oír esto por poco no me encajo redondo en la sepultura; pero como hai momentos en que el mismo susto hace las veces de impertérrita temeridad, enderezéme, como dice Luis Blanc en su historia de los 10 años, que solia hacerlo Berrier en la cámara de los pares, i reuniendo todas las ideas, dispersas en mi cabeza como una tropa derrotada, dí principio a un soneto, del que, aun hoy que me encuentro sereno i contento, no podria repetir un solo verso. —Oh! el soneto fué fatal, terrible, aunque para el que presidia el duelo fué mui magnífico: díjome que le habia gustado por lo corto i lo sentido, en lo que tenia harta razon, pues creo que los tercetos posteriores me los traje embaulados en la memoria

en compañía de mis desgarradores recuerdos.

Enterrado Victor Manuel, vueltos a sus coches de aquiler los dos o tres acompañantes de nuestra comitiva, i hallándome con su desaparición ya libre para poder sacar el resuello, fuíme a corretear por las calles del panteon, como quien dice: gracias a Dios que puedo correr por donde me dá la gana.

Efectivamente corrí, i como un condenado o como un reo que despues de haberse estado encucillado seis meses en un calabozo, tiene la felicidad de respirar el aire sin que nadie le ponga coto a su contento. —Hollando pues con mi planta preciosas sepulturas, pisoteando bellas inscripciones, profanando, puede decirse, el santuario de los difuntos, mas de una vez juzguéme el héroe del Diabolo-mundo que, cabalgando en aquel májico caballo, corre sin aliento i sin que nadie pueda sujetarlo, llevando en sus ancas a su amable i ardorosa Salada.

Pero como mi aliento no es hecho por Espronceda, i mis pulmones tienen ménos dimensiones que el diablo-mundo, al cuarto de hora caí rendido sobre una sepultura. —Pero qué sepultura ¡era la de doña Ana Josefa Cantuarias, a quien el poeta ha puesto esta inscripcion:

Quando la trompeta del juicio final suene, se levantará doña Ana Josefa Cantuarias a juntarse con su esposo don Felipe Trincado que está en el patio de los mausoleos.

Aunque medio anublada mi vista, la inscripcion esta me levantó como si un resorte májico me hubiese empujado fuera de aquella lápida, i lleno de espanto voi a caer en otra que decia:

Ya los restos de doña Bartola Mieres.

Este lema a todas luces modesto tranquilizóme, como era natural, i recobrado algun momento despues de mi primera emocion, púseme a leer los epitafios del Cementerio.

Tropezé lo primero con la tumba de Doña Paula Jaramillo, i la infeliz llevaba este mote terrible:

Aquí yace doña Paula Jaramillo,  
I en ella perdió su esposo  
Su mas perfecto i su mejor anillo.

Terrible es, exclamé, haber perdido una cosa tan preciosa, una sortija tan al dedo!

Más adelante me hallé con una lápida de un niño de ocho meses, en la que en letras mui doradas, decia:

Aquí yace Eujenio de tal, muerto a la edad de siete meses i cuatro dias, despues de haber dado las mayores pruebas de amor filial.

Un poco mas allá de la lápida de este inocente, calumniado por sus desconsolados padres, me encontré con esta otra que decia:

Su hija doña Juliana agradecida  
Le consagra a su memoria esta lápida.

¡Pobre señora, agradecer sus servicios con una brutalidad semejante, con este consonante tan atroz! pero a quien no se le van las patas en un verso de panteon!

Andando un poco mas me hallé con ésta:

Aquí descansa Doña Beatriz Jaraquemada, arrebatada prematuramente de los brazos de sus hijos a la edad de 99 años 7 meses i 4 dias.

Al lado de ésta, habia otra;

I fué tal su devocion  
Que murió al entrar la procesion  
Del Señor de Mayo. —Requiescat in pace.

Por fin, tendiendo los ojos como para escaparme de esta poesía monstruosa, profanadora de todos los afectos, i creyendo ya que habia entrado en el templo del sentimiento, tropezé con ésta:

Fué madre tierna, hermana cariñosa,  
hija obediente, discreta,  
i fiel esposa de Evaristo Campuzano.

Pero no creais que esto solo fué lo que leí. Nó, me faltaba que ver algunos epitafios todavía mas curiosos que los dichos, me faltaba que adivinar este logogrifo, clavado sobre una tumba sin duda para representacion de los misterios que encubre la muerte.

La fatal charada era ésta:

Aquí reposa María Sepúlveda i su hermana Eduvijes Contreras i su hija Eulalia Fernandez, tia de la primera, madre de la segunda i esposa del tercero.

Al llegar aquí, i no pudiendo ya contener la carcajada, creí oportuno no perturbar a los difuntos en su muda i quieta morada, i para ello me salí del panteon, llevando en mi memoria los epitafios que te he contado, i los recuerdos que aun conservo clavados como una espina por la muerte de mi amigo.

¡Si le pondrá el que presidia el duelo lo que le pusieron en Chillan a un mariscal de campo hecho i derecho! ¡Si le pondrán a Victor Manuel Achurra: *modelo de ternura materna*, cuando el pobre se fué a la eternidad sin haber dado nada que decir de su conducta!

Pide tú, pues, lector a Dios, que la tumba de mi amigo no lleve epitafios, como yo pido que no la lleven ni la tuya ni la mía—¡si nos escuchará el cielo!

EL DUENDE.

El siguiente soneto nos ha sido remitido para que tenga publicidad en las páginas de nuestro periódico. Se nos ha informado que este lijero rasgo poético, es un primer ensayo de un jóven; i desde entónces, los defectillos de que adolece merecerán la induljencia de los lectores. Pero de cualquier, modo esta corta composicion tiene cierta ingeniosa novedad, que hace esperar que su autor está llamado a hacer algun papel en el campo de las musas.

Soneto.

El primero a Voltaire que es buen sujeto,  
Por ramplon el segundo a un mal coplero,  
A mi mismo dedícame el tercero  
I el cuarto verso a este primer cuarteto.

El quinto al practicante en lazareto  
Para un prior sale el sexto del tintero;  
Justo es que logre el septimo el logrero  
I el octavo la beata sin secreto.

Dedícole el *noveno* al padre cura,  
El *diez* al escribano ante el paciente  
I el *once* al necio en estorbar discreto.  
El *doce* a la que no use de pintura  
Siempre que *trece* primavera's cuente,  
I el *catorce* al que lea este soneto.

B. GAETE.

### Crónica de la Semana.

¿Cuál es la crónica de la semana, lector? Yo te cuento todo lo que tu haces: tu no has hecho nada ¿qué quieres entónces que te cuente? Pero esto no basta a salvarme de tu exigencia, i forzosamente debe haber sucedido algo que yo debo contarte, i sino ha sucedido, me veo obligado a decir de tí que no sirves para nada; imitando a aquel *abogado de familia*, es decir, a aquel abogado que no podia defender sino los pleitos de su familia, el cual, respondiendo a un amigo que le preguntaba, que cómo estaban por su casa, dijo:—Mal, mui mal; mi familia no sirve para nada.—¿I por qué?—Porque no tiene ni siquiera un pleito.—Así diré yo tambien de tí: mi lector no sirve para nada.—¿I por qué?—Porque no ha hecho novedades esta semana ni ha dado un escándalo siquiera. Pero en cambio, otros que no son nuestros lectores, pero que son de seguro nuestros desolladores, han hecho i dicho algo que poco a poco te lo irá diciendo esta crónica.

En primer lugar, algunos jénios nuevos que han aparecido en Chile levantándose erguidos en medio del silencio de los pueblos, como esos pájaros marinos persiguiendo los despojos del naufragio despues de la tormenta, han pezcado el *Mosaico*, i ¡mas le valiera no haber nacido! lo han sentenciado de buenas a primeras i sin poner siquiera cara triste, a ser enterrado vivo. ¡Que inhumanidad!

Si solo con presentarse ha pecado para estos jénios nuevos; qué hacerle; morirá, pues, inocente, i en su agonía, no tendrá para ninguno de ellos ni tan solo una sonrisa amarga. Aquella cualidad de los antiguos, la modestia, que llegó a ser una virtud en *esos tiempos de oscurantismo*, desgraciada o felizmente, no lo sé todavía, adorna al *Mosaico* i ella le prohíbe medir su talla con la de los modernos adalides que, con tanto brillo, han venido a dar empuje a las ciencias, a salvar el honor de las letras chilenas gravemente comprometido por esos pigmeos vocingleros de otros dias, i a ser los mas bellos ornamentos de la patria. Sanfuentes ¡dichoso tú que te moristel!

El *Mosaico* no oculta sus defectos ni niega su insuficiencia: en prosa i en verso está dispuesto a probar la sinceridad de estas palabras.

Humilde i sin pretensiones

Sale a la arena el *Mosaico*;

¿Quiéren que haga confesiones?

Pues en todos sus renglones

Es indijesto i prosaico.

¿Se quiere mas franqueza? ¿no basta esto para desarmar a esas tres o cuatro docenas de jénios nuevos que se han puesto en facha i desenvainado la terrible arma luego que han visto la sombra del *Mosaico*? Ruiseñores melo diosos, jilgueros de picos de oro, dejad a la pobre cigarra que dé al viento su monótono canto, porque no tiene la pretension de apagar vuestros armoniosos trinos.

Veamos ahora, lector, qué te cuento.

Esta semana han presentado al Congreso sus memorias los señores Ministros del despacho ¿quieres que te diga algo sobre ellas? No seas curioso, lector: deja que cada uno diga lo que se le antoja sin meterte a averiguar lo que dice: i yo en virtud de la absoluta libertad que tengo de callarme la boca, guardo silencio. Si los señores Ministros, presentando sus memorias, han cumplido con el artículo 88 de la Constitución del Estado, yo, no diciendo nada sobre ellas, cumplo con otra lei no ménos imperiosa. Adivina cual será.

Se ha hablado esta semana de una protesta que ha elevado al gobierno el señor cónsul jeneral de Cerdeña contra la pastoral del gobernador del arzobispado que habla del Santo Padre i de la Italia. Se ha pedido informe sobre ella i sé que lo está evacuando verbalmente don Juan Ugarte desde el púlpito de la Compañía. Es de presumir que sea razonable i lójico teniendo en vista la imparcialidad del informante.

Este negocio de la pastoral se ha puesto mas serio de lo que parecia, por lo que ya me voi convenciendo, de que todavía en estos tiempos suceden cosas serias en el mundo. Todos debemos sentir que hayan salido a bailar a la escena pública tan grandes personajes: pero cuando las necesidades apuran i las circunstancias se encrespan, todo el mundo hace sus piruetas i procura salir del paso como puede. Todo está en salir bien. En el negocio del Santo Padre i de la Italia, el que saldrá mejor, será sin duda el que se lleve la colecta. Lo demas no tiene sustancia: son entretenimientos diplomáticos: paja picada.

La sociedad esta semana ha estado como en todas las semanas de estos tiempos: alegre, talvez, entretenida, inquieta; pero de puertas adentro. A la calle solo sale el rumor de los acontecimientos, pero tan debilitado, que parece que hai un particular esmero en hacer las cosas a escondidas. Sus razones habrá para ello. Sin embargo, ha tenido lugar estos dias un casamiento, o acontecimiento, que es lo mismo, el mas orijinal de que yo haya tenido noticia hasta ahora; i puesto que no me han dicho que guarde el secreto, voi a contárselo al lector.

Dos jóvenes visitaban a una niña i los dos querían casarse con ella : el aprieto era grande : dividirse la presa imposible i ninguno de los dos quería renunciar. La joven parecía distinguir mas a uno, pero tampoco miraba mal al otro. El mas favorecido, teniendo que ausentarse a otro pueblo, le habló de su casamiento i ella accedió gustosa. Este sacrificio lo hace siempre la mujer con la resolucion mas heróica, con la voluntad mas decidida; sin duda para que aparezca mas meritorio a los ojos de Dios i se lo tome en cuenta por sus pecados. Una vez seguro de la mano de la joven, se ausentó el amante, procurando atraer su imaginacion a ese momento feliz que habia de seguir a su vuelta; i no dejaba de pensar con cierta compasion en su amigo que quedaba sumido en profundo desconsuelo i haciendo odas i sonetos contra las mujeres. Pero no por esto se daba por derrotado.

Tan luego como este se vió solo en el campo, contándole que no era *mal mirado* i teniendo la seguridad que una vez esposo de la niña no habia de verse jamas en conflicto por falta de *numerario*, empenó el ataque con mas entusiasmo comprometiéndolo todos sus recursos. Pasados algunos meses hizo creer a la niña que era olvidada, i escribia a su amigo, que ya no visitaba a su futura i que pensaba casarse con otra joven celestial i *pudiente*.

La sensible joven que veia que el tiempo se pasaba i que no tenia simpatía por el santo recojimiento, daba oido al falso amigo, el que la prometió presentarle un documento autógrafo para probarle la ingratitud del ausente.

—¿Será posible? decia la niña.

—¿Cómo posible! contestaba el joven : el olvido de ese badulaque es un hecho consumado.

—¿Quién lo hubiera creído!

—Yo, porque al tiempo de despedirse me dijo : te dejo a esa mujer para que hagas con ella lo que te se antoje.—¿Qué le parece a Vd! ofreciéndola a sus amigos ántes de ser su esposo. Yo, como Vd. lo ha visto, no he querido hacer nada.

—¿I qué hubiera podido Vd. hacer tampoco?

—Ah! besarle a Vd. la mano; pasarme por el rostro los velos de su vestido; apretarle a Vd. algo, un dedo siquiera.....

—I el tunante ponía por obra todo lo que decia.

El amigo ausente, esclavizado por sus negocios i amando cada dia mas a la joven, se resolvió casarse por poder, i efectivamente mandó este al infiel amigo, suplicándole que tan luego que se casase por él, procurase disuadir a su esposa a que marchara al lugar donde él se encontraba.

Aquel, tan luego como recibió el poder se fudonde la niña i con la cara mas significativa del mundo, le dijo:

—¡No se lo decia a Vd.! oh! es inaudito! No contento con haberme dicho a su despedida que la despreciaba a Vd., me manda ahora un documento público en el que me autoriza a que me case con Vd. Aquí está: véalo Vd. I ha tenido el descaro de estender este documento ante escribano, haciendo intervenir a otras personas en el desaire que le hacia a Vd. ¡Ah! ingrato! así ha pagado el afecto mas puro del mas candoroso de los ángeles!

La niña vió efectivamente que lo autorizaba a casarse con ella por él, i creyéndose desairada se apresuró a unirse en matrimonio al infiel amigo, el que con lágrimas en los ojos hacia sus protestas de fidelidad mientras recojía el pingüe patrimonio de la joven.

Al siguiente dia de haberse casado escribió a su amigo:

«Te participo mi enlace con la señorita tal, sintiendo que tu poder no hubiese llegado a tiempo. Filosofía, amigo mio: he aquí el gran recurso contra los *hechos consumados*.»

Esta semana los niños del colejio de San Luis han representado una comedia en que se han desempeñado perfectamente. Lo que mas llamó la atencion de algunos esa noche, fué ver que la casa estaba completamente llena. ¡Cómo! repentinamente se ha despertado en Santiago la aficion al teatro ¿que es esto? porque tanta concurrencia? ¡I para ver representar a unos niños! Todos se abismaban. Uno que estaba por ahí cerca, comprendiendo la profunda admiracion de los que así esclamaban, les dijo:—No se admiren Vds.: yo estoi en el secreto.

—¿En qué secreto?

—En el secreto de la concurrencia de esta noche.

—Vamos, diga Vd.: por qué tanto atropellamiento de jente?

—Porque la entrada es de valde.

—¡Acabáramos!

En vista del favor público que alcanzan las comedias de aficionados, me atreveria a aconsejar a los empresarios del teatro municipal, que licencien a esa tropa de *notabilidades* que no quieren trabajar de valde, den suelta a esos cuatro rasguñadores de instrumentos que componen la orquesta, hagan su arreglo con los señores municipales i tomen en arriendo el colejio de San Luis.

### Charadas.

Con mi primera i tercera

Se designa al ser humano

Quando ha nacido liviano

O, por si acaso tuviera,

De sus padres al hermano.

Mi segunda es cosa llana

Es pura preposicion;  
 I mi todo un papelon  
 Allá en la corte romana  
 Digno de toda ambicion,  
 Tambien mi todo es señal  
 De haber un dolor sufrido;  
 De un pájaro conocido  
 De belleza sin igual  
 Mas de un canto desabrido.  
 Por fin mi todo es lo mismo  
 Que mi primera i tercera,  
 Segun lo sabe cualquiera  
 Que leyere el catecismo  
 Aunque a Roma nunca fuera.

Si la i de mi segunda  
 La cambiáras en la o,  
 Del infierno a un juez terrible  
 Tendrias te digo yó.  
 Sin que tomes mi tercera  
 No hai una noche nó, nó,  
 Que ingleses somos en eso  
 Como lo fuera Walpól.  
 Mi cuarta corre en Santiago  
 Turbio siempre no veloz,  
 Mas sucede como el mar  
 A orillas de Concepcion.  
 Mi todo aunque dignidad  
 Aquí no es cosa mayor  
 Aunque en Francia e Inglaterra  
 Llama mucho la atencion,  
 En fin, mi todo es palenque  
 Do se puede con razon  
 Graduar si es uno patriota  
 O un necio de arte mayor.

—  
 Mi primera i segunda significa  
 Un verbo sustantivo o un presente,  
 Una nota de música corriente  
 Mi tercera a los músicos indica.  
 Mi cuarta posesion demuestra claro  
 Mi quinta la respuesta lisonjera  
 Que puede dar a un amador cualquiera  
 El dulce objeto de su afecto caro.  
 Mi sexta puede ser feliz hallazgo,  
 Una ocasion de plácida ventura:  
 Puede dar una herencia un mayorazgo,  
 O solo dar pesares i amargura.  
 Mi todo de gobierno es facultad  
 Poder de que se agarran los tirános,  
 Para oprimir a bravos ciudadanos  
 Que defienden su gloria i libertad.

De mi segunda i primera  
 Tienes formado, lector,  
 A tu mas fiel compañera  
 En este mundo traidor.  
 Mas mi segunda i tercera,  
 Haciéndole gran favor,  
 Del avaro es pesadilla  
 I de todos la polilla,  
 I es fama que de mí todo  
 Descendiente es mas de un godo.

### Epigramas.

Diz que don Pedro Delgado  
 Se confiesa diariamente,  
 ¿Cómo un santo penitente  
 Puede hacer tanto pecado?

Cármén dice ya no mas,  
 Si le nombran el infierno,  
 ¿Le habrá dicho el Padre Eterno  
 Lo que la espera detrás?

A un comerciante quebrado  
 Dióle un tuno tal rechifla,  
 Que dijo al fin enojado:  
 Miente Vd. estoi soldado  
 Con el plomo de la rita.

Una jóven le decia  
 A un galan enamorado:  
 ¿En casarse no ha pensado  
 Usted señor, todavia  
 Siendo tan bueno el estado?  
 —No señorita asustado  
 Le replica el galanzuelo,  
 ¿Cómo ha de caer el pescado  
 Si Vd. le muestra el anzuelo  
 Tanto tiempo anticipado?

### A los lectores.

—Por un convenio que he celebrado últimamente con don Manuel Blanco Cuartin, queda desde hoy este caballero, hecho cargo de la redaccion en jefe de *El Mosaico*.

—Por inconvenientes que no han dependido de mi mano allanar, no he podido dar en este número el retrato del señor don Salvador Sanfuentes, como lo habia deseado; pero para el siguiente número, creo poderlo hacer subsanadas esas dificultades i tener el gusto de obsequiarlo a los suscritores.

EL EDITOR.

IMPRENTA DEL CORREO.